

La calificación perfecta

ISAAC M. BASAURE MIRANDA

«Una competencia intelectual, puede resultar demasiado desgastante», pensaba Julián, sentado en su escritorio, mientras intentaba memorizar un artículo de la ley tributaria. Hasta entonces, su único rival en la lucha por obtener el mejor promedio del curso, se llamaba Diego Mussolino. Era un hombre ya maduro, alto, pálido, baboso con las mujeres y de apariencia en general estúpida. Tendría unos 60 años y había sido concejal. Pero un día, el ex servidor público, abandonó de súbito la Facultad de Derecho y ya nunca más se lo vio por los pasillos.

Cuando los compañeros le preguntaban: «¿Sabes qué fue de Diego?», la mente de Julián reproducía el mismo recuerdo: Diez, diez, diez, diez, diez, firmas de profesores, fechas, sellos de abogados, diez, diez; el uno y su invariable compañero: el cero, se repetían por las páginas de la libreta universitaria de Diego Mussolino. Julián las miraba desfilan una tras otra, mientras movía sus pulgares, hasta que al fin se la devolvía a su dueño, con una sonrisa que ocultaba el sentimiento corrosivo de la envidia.

—No. No sé qué habrá sido de Diego. —respondía, con una indiferencia que ni siquiera él

creía. Odiaba que le preguntasen por su adversario. Le avergonzaba recordar, sobre todo, la calidez y generosidad con las que más de una vez, Diego le supo explicar procesos judiciales, que de otro modo, solo con los libros, hubiese tardado meses en comprender.

Pero el viejo renunció al ritmo absorbente de la vida universitaria, al menos, eso era lo que pensaban sus compañeros. Julián sabía que ahora ya nadie más podía competir con él y su serie implacable de nuevas; la medalla de honor y la beca Chevening, serían suyas. Oxford, Exeter, Derby, Birmingham, ¡lo mismo daba! Lo importante era prestigiar su curriculum con un master británico.

Pero un lunes de finales de mayo, después de esquivar a la multitud de alumnos que se agrupaba alrededor de las carteleras, para averiguar los resultados de los exámenes, el rostro de Julián, pareció camuflarse con la lividez de los papeles abarrotados de calificaciones. Sus manos temblaban, un hormigueo le recorría las sienes, y sus ojos se humedecieron de rabia, ante lo insólito de aquel diez que no era suyo. Sus neuronas se sacudieron como ciempiés, exhumando de la tumba de su memoria, el funesto nombre: «Diego». Pero el semblante de su enemigo se esfumó y tuvo que pensar en todas las chicas que conocía, la calificación perfecta, se hallaba custodiada por el nombre de Melina Amenábar. ¿Se lo confesaría a si mismo? Nunca. Una chica escalaba más alto que su intelecto varonil. Miró su DNI, el dato terminó por noquearle el orgullo, ¡era más joven que él! La idea se perdió en las tinieblas del subconsciente.

De pronto, el café, las miradas, la gente y una idea alentadora: quizá se tratase de un diez aislado,

pero era preciso asegurarse. Abandonó el buffet, entró en el aula y esperó la hora de clases. En ocasiones, los profesores solo publicaban las notas en la cartelera, pero la mayoría de las veces, el titular de cátedra, leía en voz alta y ante sala llena, el resultado de los parciales, a fin de conocer las caras de sus mejores y peores alumnos. Julián apostaba a que se repitiera tal formalidad y así fue.

—Amenábar, Melina —pronunció la sonora voz del titular—, los oídos de Julián, se agudizaron como los de una fiera acechada por cazadores. Sus pupilas parecieron lubricarse para recordar con la mayor nitidez posible, el rostro de la joven.

—Aquí. —dijo una voz tan frágil y sutil como la primera hoja robada por el otoño.

Julián alzó la cabeza, el aula giró ante sus ojos hasta tropezar con una melena rubia que escondía facciones hermosas.

—Diez —dijo orgulloso el profesor. Un murmullo recorrió el aula —No esperaba menos de usted —continuó—, la tuve en primer año ¿se acuerda? Entonces sus notas ya eran buenas pero ahora ha alcanzado la excelencia. —Julián le propinó una mirada centelleante a la muchacha, que apenas respondió asintiendo con la cabeza, mientras sus mejillas se manchaban de rubor.

—¡La felicito! —exclamó el profesor. Un aplauso retumbó en el fondo del aula y, como un efecto dominó, aquel solitario palmoteo se trocó en ovación. Hasta Julián se sorprendió de verse a si mismo aplaudiendo con su particular manera, es decir, como foca.

Pronto se convenció de que aquel diez no era obra de un golpe de suerte. Una amenaza, fugitiva de la prisión de sus miedos, lo alejaba de Abbey Road y de las coquetas chicas de Hampstead. Era

necesario encarcelarla, para recuperar la esperanza perdida, pero, ¿cómo? Aquella madrugada de viernes, mientras terminaba de resumir el segundo tomo del Código Comercial comentado, Julián se miró la muñeca derecha, decorada por una serie de venas azules en las que viajaba el eco de una juventud frustrada. Los mejores años de su vida, invertidos en memorizar artículos de la Constitución, leyes civiles, penales, laborales, marítimas... ¡y la pirámide de Kelsen! Y ahora, una invasora le arrebatava el principado del mejor promedio. «Si ella continua coleccionando dieces en su analítico —pensaba—, todo estará perdido, adiós diploma de honor ¡y adiós beca!». Sólo existe una forma de lograr que el rendimiento de una chica inteligente sufra estragos: enamorarla. Una semana antes de comenzar el segundo cuatrimestre, la decisión ya estaba tomada, Melina Amenábar sería su novia.

Los meses transcurrieron y el noviazgo era un hecho, como también lo eran las brillantes nuevas calificaciones de la joven: el amor parecía haber potenciado sus facultades jurídicas. Aunque su novio no se rendía, pues continuaba siendo el segundo mejor promedio.

La argucia de Julián se resquebrajaba. Salidas al cine, discotecas, ¡y hasta un viaje a Mar del Plata! La mente elevada de Melina no se alteró jamás. «La beca está perdida», se lamentaba.

Por primera vez, en los meses que llevaban juntos, la novia lo invitó a cenar a su casa. Melina, al principio de la carrera, vivía con su abuela, pero a poco de iniciar el segundo año ella murió, legándole la propiedad. Al abrir la puerta, se escuchó una especie de aullido y una sombra pequeña pasó por entre los pies de Julián, rozándole los pantalones.

Era un Yorkshire Terrier, que se dirigía a toda prisa hacia la calle. Melina salió tras él, desesperada, y, después de una larga espera, Julián la vio regresar exhausta, con el canino entre sus manos.

—Era de mi abuela —dijo, con la respiración acelerada—, desde que ella murió, tiene la costumbre de salir a buscarla. Esta vez, me ha costado trabajo encontrarlo.

—Pero, ¿a dónde va? —preguntó Julián, mirando con ternura el incesante jadeo del perro.

—A una plaza, a seis cuadras de aquí. —contestó Melina—, mi abuela acostumbraba pasearlo por allí, todos los días. Nunca consigo atraparlo antes de que el muy bandido, alcance el banco donde solía sentarse con ella.

Al mes siguiente, faltando sólo tres días para el examen final de Derecho Administrativo, Julián se dirigió a la casa de su novia, con un par de entradas para el cine de traspase entre las manos. Con ésta salida se proponía, al menos, robarle algunas horas de estudio y sueño. «No me dirá que no, iremos juntos a ver la película. Me quiere, se le nota cuando la beso y se sonroja». Cruzó la avenida, sintiendo en la cara, el frío aire que arrastró un taxi al pasar. Cuando llegó a la residencia, el sol comenzaba a ocultarse y sobre la casa se coloreaba la melancolía del ocaso. La puerta de calle estaba entreabierta. Entró. El eco de su voz, invocando el nombre de Melina, reverberó por las paredes del vestíbulo. Vacía. No estaba ni ella ni... ¡el perro!

Julián recordó la costumbre fugitiva del Terrier y comprendió la ausencia. Aún estaba decidiendo si esperarla de pie o sentado, cuando un rumor quejumbroso, gravitó en la sala. Instantes después, el sonido se transformó en algo más agudo y perturbador.

dor: eran gritos. Avanzó, echó una mirada al *living*, pero allí no había nada vivo que pudiera provocar aquellos alaridos. La transpiración comenzaba a brillar en su frente, cuando un nuevo clamor pareció sacudir el suelo.

—Ladrones —murmuró incrédulo—, ¡salgan de aquí o llamaré a la policía! —advirtió, con un chillido patético.

—¡Ayuda! —le respondió una voz que parecía provenir de un pasillo, ubicado en el fondo del caserón. «¡Ayuda, ayuda!», se repitió frenética. Julián enfiló hacia el corredor y halló una puerta. La llave, puesta en la cerradura, parecía haber estado aguardando por él, solo tuvo que girar y... Allí dentro vio una sala común y corriente, salvo por la figura maniatada que colgaba de un garfio sujetado al techo. Las entradas del cine resbalaron por las yemas húmedas: era Diego Mussolino. Lo tocó, estaba frío y ensangrentado como una res de frigorífico. Cuando sus ojos se encontraron con las pupilas dilatadas de su antiguo rival, creyó desvanecerse, y tal vez desaparecía en verdad, aspirando el perfume de Melina que le llegaba por detrás.